

chazadas las naciones hácia el norte, y apoyada la espalda en los límites de la tierra, se resistirían allí hasta el momento en que inundarían y conquistarían la Europa por tercera vez.

Habiendo llegado á su colmo el espantoso desorden que reinaba en la sucesion del imperio, viéron presentarse, al fin del reinado de Valeriano, y durante el de Galiano su hijo, á diversos pretendientes, que habiéndose destruido los mas de ellos entre sí, y tenido un cortísimo reinado, fuéron llamados tiranos.

Habiendo caido Valeriano en poder de los Persas, y abandonando su hijo Galiano los negocios públicos, penetráron los bárbaros por todas partes; el imperio se halló en el estado en que él estuvo de allí á un siglo en occidente (1): hubiera quedado destruido desde entónces sin un concurso feliz de circunstancias que le reparáron.

Odenato, príncipe de Palmira, y aliado de los Romanos, arrojó á los Persas, que habian invadido casi toda la Asia. La ciudad de Roma formó un ejército de sus ciudadanos, que apartó á los bárbaros que iban á saquearla.

Un ejército innumerable de Escitas, que pasaban el mar con seis mil naves, pereció con los

(1) Le invadiéron los bárbaros ciento y cincuenta años despues en el imperio de Honorio.

naufragios, miseria, hambre, y su grandeza misma. Y habiendo sido muerto Galiano, Claudio, Aureliano, Tácito, y Probo, cuatro hombres insignes que por una gran fortuna se sucedieron, restablecieron el imperio pronto á pe-
recer.

~~~~~

## CAPITULO XVII.

### *Mudanza en el estado.*

Los emperadores, para impedir las continuas traiciones de los soldados, se asociáron algunas personas en quienes ellos tenían confianza; y Diocleciano, bajo el pretesto de la gravedad de los negocios, arregló que habria siempre dos emperadores y dos Césares. Juzgó que hallándose ocupados los cuatro principales ejércitos por los que tendrian parte en el imperio, se intimidarian unos con otros; que no siendo los demas ejércitos bastante fuertes para emprender hacer emperador á su jefe, perderian poco á poco la práctica de elegir; y que últimamente estando dependiente siempre la dignidad de César, repartida entre cuatro la potestad para la seguridad del gobierno, no estaria sin embargo en toda su estension mas que en poder de dos.

Pero lo que refrenó mas todavía á los milita-

res, es que habiéndose disminuido las riquezas de los particulares y la fortuna pública, no pudieron hacerles ya los emperadores unos donativos tan cuantiosos; de modo que la recompensa no fué ya proporcionada con el peligro de una nueva elección.

Por otra parte los prefectos del pretorio, que en cuanto á la autoridad y funciones eran con escasa diferencia los grandes visires de aquellos tiempos, y hacian á su voluntad asesinar á los emperadores para ocupar su puesto, fuéron muy abatidos por Constantino, que no les dejó mas que las funciones civiles, é hizo cuatro en vez de dos.

Comenzó pues á estar mas segura la vida de los emperadores; pudieron morir en su lecho, y pareció que esto habia suavizado sus costumbres; no derramaron ya la sangre con tanta ferocidad. Pero como era necesario que este poder inmenso se ostendiese por alguna parte, vióse otra especie de tiranía, pero mas sorda; no fuéron ya matanzas, sino juicios inicuos, formas judiciales, que parecia que no alejaban la muerte mas que para deshorrar la vida: la corte fué gobernada y gobernó con mas astucias, con artes mas esquisitas, con mayor sigilo: finalmente, en vez de aquel atrevimiento para concebir una mala acción, y de aquella impetuosidad en cometerla, no se viéron reinar ya mas que los

vicios de las almas débiles y delitos reflexionados.

Establecióse una nueva especie de corrupción. Los primeros emperadores gustaban de los placeres, estos de la molicie; se presentaron ménos á las tropas; fuéron mas ociosos, mas entregados á sus criados, mas apegados á sus palacios, y mas separados del imperio.

El veneno de la corte fué mas activo á proporcion que él estuvo mas separado: no se dijo nada, se insinuó todo; todas las grandes reputaciones fuéron denigradas: y los ministros y generales fuéron puestos de continuo á la discrecion de aquella especie de gentes que no pueden servir al estado ni sufrir que se le sirva con gloria (1).

Ultimamente, aquella afabilidad de los primeros emperadores, la cual sola podia proporcionarles el medio de conocer sus negocios, se desterró enteramente. No supo ya nada el príncipe mas que por el informe de algunos confidentes, que, siempre de acuerdo, aun á menudo cuando parecian ser de contrario dictámen, no hacian al lado de él mas que oficio de uno solo.

La mansion de muchos emperadores en Asia, y su perpetua rivalidad con los reyes de Persia, fuéron causa de que quisiesen ser adorados como

(1) Véase lo que los autores nos dicen de la corte de Constantino, Valens, etc.

ellos; y Diocleciano, otros dicen Galerio, lo ordenó por un edicto.

Estableciéndose aquel fausto y pompa asiática, se acostumbió á ello la vista desde luego; y cuando Juliano quiso usar de simplicidad y modestia en sus modales, se llamó olvido de la magestad lo que no era mas que la memoria de las antiguas costumbres.

Aunque hubo muchos emperadores despues de Marco Aurelio, no habia habido mas que un imperio; y reconociéndose la autoridad de todos en la provincia, era una potestad única ejercida por muchos.

Pero no habiendo podido concordarse Galerio y Constancio Cloro, dividiéron realmente el imperio (1); y con este ejemplo, que en lo sucesivo se siguió por Constantino, que tomó el plan de Galerio y no el de Diocleciano, se introdujo una costumbre que fué ménos una mudanza que una revolucion.

Ademas, las ganas que tuvo Constantino de construir una nueva ciudad, y la vanidad de darle su nombre, le determinaron á llevar á Oriente la residencia del imperio. Aunque el recinto de Roma no era, ni con mucho, tan grande como ahora, sus arrabales eran prodigiosamente estensos (2); llena de casas de re-

(1) Véase Oroze, l. VII, y Aurelio Victor.

(2) *Exspatiantia tecta multas addidere urbes*, dice Plinio, Hist. nat., l. III.

creo la Italia, no era propiamente mas que el jardín de Roma; los labradores estaban en Sicilia, Africa y Egipto (1), y los jardineros en Italia; las tierras no se cultivaban casi mas que por los esclavos de los ciudadanos romanos. Pero cuando la residencia del imperio se estableció en Oriente, pasó allá Roma casi toda entera, se llevaron los grandes á sus esclavos, es decir, á casi todo el pueblo de Italia; y esta quedó privada de sus moradores.

Para que la nueva ciudad no fuese inferior en nada á la antigua, quiso Constantino que se distribuyese trigo tambien en ella, y mandó que se condujera el de Egipto á Constantinopla, y el de Africa á Roma; lo que, en mi concepto, no era muy juicioso.

En tiempo de la república, el pueblo romano, soberano de todos los otros, debia naturalmente tener parte en los tributos; esto fué causa de que el senado le vendiera desde luego trigo á precio infimo, y que se le diera de balde en lo sucesivo. Cuando el gobierno se volvió monárquico, subsistió esto contra las máximas de la monarquía; y se dejaba este abuso á causa de

(1) Se llevaba otras veces de Italia, dice Tácito, trigo á las provincias distantes, y ella no está estéril todavía; pero cultivamos mas bien la Africa y Egipto, y queremos mas exponer á las casualidades la vida del pueblo romano. *Annal.*, l. XII, cap. 43.

los inconvenientes que su supresion presentaba. Pero fundando Constantino una nueva ciudad, le estableció en ella sin ninguna buena razon.

Luego que Augusto hubo conquistado el Egipto, trajo á Roma el tesoro de los Tolomeos; lo cual hizo en ella casi la misma revolucion que el descubrimiento de las Indias hizo posteriormente en Europa, y que ciertos sistemas hicieron en nuestros dias. Se duplicó el precio de los bienes raices en Roma (1); y como esta continuaba atrayendo á sí las riquezas de Alejandria, la cual misma recibialas de Africa y Oriente, el oro y la plata se hicieron muy comunes en Europa; lo cual habilitó á los pueblos para pagar cuantiosos tributos en metálico.

Pero luego que se hubo dividido el imperio, fuéron estas riquezas á Constantinopla. Se sabe por otra parte que las minas de Inglaterra no se habian abierto todavía (2); que habia poquismas en Italia y las Galias (3); que despues de

(1) Suetonio, in *August. Oroze*, l. VI. Roma habia tenido á menudo estas revoluciones. He dicho que los tesoros de Macedonia que se trajéron á ella, hicieron cesar todos los tributos. Ciceron, de *los Ofcios*, lib. II.

(2) Tácito, de *moribus Germanorum*, lo dice formalmente. Se sabe por otra parte con corta diferencia la época de la abertura de las minas de Alemania. Véase Tomas Seseiberus, sobre el origen de las minas de Hartz. Se tienen por menos antiguas las de Sajonia.

(3) Véase Plinio, l. XXXVII, art. 77.

los Cartaginenses, no se trabajaban ya casi las minas de España, ó á lo ménos no eran tan ricas (1). La Italia, que no tenia ya mas que jardines abandonados, no podia atraer, por medio ninguno, el dinero del Oriente, miéntras que el Occidente, para proporcionarse sus mercaderías, enviaba el suyo allá. El oro y plata se hicieron pues sumamente escasos en Europa: en la que los emperadores quisieron exigir los mismos tributos; lo cual lo arruinó todo.

Quando el gobierno tiene una forma establecida mucho tiempo hace, y que las cosas se han puesto en una cierta situacion, toca casi siempre á la prudencia el dejarlas en ella; porque las razones á menudo complicadas que son causa de que semejante estado haya subsistido, lo son tambien de que se mantenga todavía: pero quando se muda el sistema total, no pueden remediarse mas que los inconvenientes que se presentan en la teoría, y se dejan otros que únicamente la práctica puede hacer descubrir.

Así aunque el imperio no era ya mas que muy grande, le arruinó la division que de él hicieron, porque todas las partes de este gran cuerpo, juntas mucho tiempo hacia, se habian

(1) Los Cartaginenses, dice Diodoro, supieron muy bien el arte de aprovecharse de ellas, y los Romanos el de impedir que otros se aprovecharan.

ajustado, por decirlo así, para permanecer y depender unas de otras.

Constantino (1), después de haber debilitado la capital, dió otro golpe sobre las fronteras: quitó las legiones que estaban en las orillas de los ríos caudalosos, y las dispersó en las provincias: lo que produjo dos males, uno, que se quitó la barrera que contenía á tantas naciones; y otro, que los soldados (2) vivieron y se afeminaron en el circo y teatros (3).

Cuando Constantino envió á Juliano á las Galias, halló que los bárbaros habian tomado cincuenta ciudades á lo largo del Rin (4); que habian sido saqueadas las provincias; y que no habia ya mas que la sombra de un ejército romano al que el solo nombre de los enemigos hacia huir.

(1) En lo que se dice de Constantino no se choca con los autores eclesiásticos, que declaran que ellos no se proponen hablar mas que de las acciones de este príncipe que son relativas á la piedad, y no de las que lo son al gobierno temporal. Eusebio, Vida de Constantino, lib. I, cap. 3. Sócrates, l. I, cap. 1.

(2) Zósimo, lib. VIII.

(3) Después del establecimiento del cristianismo, fueron raros los combates de los gladiadores. Constantino prohibió tenerlos; los suprimió enteramente Honorio como parece por Teodoreto y Oton de Fresinga. Los Romanos guardaron de sus antiguos espectáculos mas que lo que pudo debilitar su valor, y servia de incentivo del deleite.

(4) Amiano Marcelino, l. XVI, XVII y XVIII.

Este príncipe; por medio de su sabiduría, constancia, economía, conducta, valor, y una continuada serie de acciones heroicas, volvió á echar á los bárbaros (1); y mientras él vivió, los contuvo el terror de su nombre (2).

La brevedad de los reinados, los diversos partidos políticos, las diferentes religiones, y las sectas particulares de estas religiones, fueron causa de que llegara sumamente desfigurada á nosotros la índole de los emperadores. No daré mas que dos ejemplos de ello. Aquel Alejandro, tan cobarde en Herodiano, parece lleno de valor en Lampridio; aquel Graciano, tan alabado por los ortodoxos, le compara Filostorgo con Neron.

Valentiniano conoció mas que nadie la necesidad del antiguo plan: empleó toda su vida en fortificar las orillas del Rin, hacer alistamientos, edificar castillos, guarnecerlos de tropas, y darles medios de subsistir. Pero sucedió en el mundo un suceso que determinó á Valens su hermano á abrir el Danubio, y tuvo espantosas consecuencias.

En el país que está entre las lagunas Meotidas, las montañas del Caucasó, y el mar Cas-

(1) Amiano Marcelino, l. XVI, XVII y XVIII.

(2) Véase el magnífico elogio que Amiano Marcelino hace de este príncipe, l. XXV. Véanse tambien los fragmentos de la historia de Juan de Antioquia.

pio, habia muchos pueblos, que eran los mas de la nacion de los Hunos ó de la de los Alanos; sus tierras eran estremadamente fértiles; eran inclinados á la guerra y latrocinios; casi siempre estaban á caballo ó en sus carros, y andaban errantes por el pais en que estaban encerrados; hacian ciertamente algunos estragos hácia las fronteras de Persia y Armenia; pero se guardaban fácilmente las puertas Caspías, y con dificultad podian penetrar en la Persia por otra parte. Como no se imaginaban que fuera posible atravesar las lagunas Meotidas (1), no conocian á los Romanos; y miéntras que otros bárbaros assolaban el imperio, permanecian estos dentro de los límites que su ignorancia les habia puesto.

Algunos (2) dijéron que el limo que el Tanais habia acarreado, formó, una especie de costa en el bósforo Cimeriano, sobre la que ellos pasáron; otros (3), que persiguiendo dos jóvenes Escitas á una cierva que atravesó este mar, le atravesáron también. Se asombráron de ver un nuevo mundo; y volviéndose al antiguo, comunicáron á sus compatriotas las nuevas tierras,

(1) Procopio, historia mezclada.

(2) Zósimo, l. b. IV.

(3) Jornandes, *de Rebus geticis*, historia mezclada de Procopio.

y, si me es lícito valerme de esta voz, las Indias que ellos habian descubierto (1).

Pasáron desde el principio innumerables cuerpos de Hunos; y encontrando á los Godos los primeros, los echáron por delante de sí. Parecia que aquellas naciones se precipitaban las unas sobre las otras, y que la Asia, para cargar sobre la Europa, habia adquirido un nuevo peso.

Atemorizados los Godos, se presentáron hácia las orillas del Danubio, y pidieron con las manos juntas un refugio. Los aduladores de Valens se aprovecharon de esta ocasion, y se la representáron como una conquista feliz de un nuevo pueblo, que venia á defender el imperio y enriquecerle (2).

Valens ordenó que pasarian sin armas; pero sus oficiales por dinero les dejáron cuantas los Godos quisieron (3). Mandó distribuirles tierras; pero diferentes ellos de los Hunos, no cultivaban ninguna (4); aun los priváron del trigo que

(1) Véase Sozomeno, l. VI.

(2) Amiano Marcelino, l. XXIX.

(3) Entre los que habian recibido estas órdenes, el uno concibió un amor infame; el otro quedó prendado de la hermosura de una muger bárbara; y algunos fuéron corrompidos con regalos, vestidos de lino, y colchas guarnecidas de franjas; no se tuvo mas cuidado que de llenar de esclavos la casa, y de ganados los cortijos. Historia de Dejipe.

(4) Véase la historia gótica de Prisco, en que esta diferen-

se les había prometido; se morían de hambre, estando en medio de un país rico; estaban armados, y se les hacían injusticias. Lo asolaron todo desde el Danubio hasta el Bósforo, estermináron á Valens y ejército suyo, y no volviéron á pasar el Danubio mas que para abandonar la horrenda soledad que habían formado (1).

### CAPITULO XVIII.

*Nuevas máximas tomadas por los Romanos.*

UNAS veces la cobardia de los emperadores, y con frecuencia la debilidad del imperio, fueron causa de que se tratara de aplacar con dinero á los pueblos que amenazaban con una inva-

cia está bien establecida. Se preguntará quizá como unas naciones que no cultivaban las tierras podían volverse tan poderosas, mientras que las de la América son tan pequeñas. Esto nace de que los pueblos pastores tienen una subsistencia mucho mas segura que los pueblos cazadores.

Parece, segun Amiano Marcelino, que los Hunos, en su primera morada, no labraban las tierras; no vivían mas que de sus rebaños en un país abundante en pastos, y regado de infinitos rios, como todavía lo hacen hoy dia los Tártaros menores, que habitan en una parte del mismo país. Hay apariencia de que habiendo habitado estos pueblos desde su partida en parages ménos acomodados para el alimento de los rebaños, comenzáron á cultivar las tierras.

(1) Véase Zósimo, lib. IV; y también Dejipe, en el Extracto de las embajadas de Constantino Porfirogenete.

sion (1). Pero no puede comprarse la paz, porque el que la vendió está mas y mas habilitado para hacerla comprar todavía.

Vale mas correr el riesgo de hacer una guerra desgraciada, que dar dinero para tener la paz; porque se respeta siempre á un príncipe, cuando se sabe que no se le vencerá mas que despues de una larga resistencia.

Por otra parte, estas especies de gratificaciones se convertían en tributos, y libres en el principio, llegaban á ser necesarias; las miraban como derechos adquiridos; y cuando un emperador las negó á algunos pueblos, ó quiso dar ménos, se volviéron mortales enemigos. Entre mil ejemplos, el ejército que Juliano condujo contra los Persas fué perseguido en su retirada por algunos Arabes, á quienes él habia negado el tributo de uso (2); y poco despues, en el imperio de Valentiniano, los Alemanes, á quienes se habian ofrecido presentes ménos cuantiosos que lo acostumbrado, se indignáron de ello; y gobernados ya por el pundonor estos pueblos del norte, se vengáron de este supuesto insulto con una guerra cruel.

Todas aquellas naciones (3), que rodeaban el

(1) Se dió todo á los soldados en el principio, y á los enemigos despues.

(2) Amiano Marcelino, lib. XXV.

(3) *Idem*, lib. XXVI.

imperio en Europa y Asia, absorviéron poco á poco las riquezas de los Romanos; y con o ellos se habian engrandecido por haberse llevado á Roma el oro y plata de todos los reyes (1), se debilitáron por haberse llevado su oro y plata al pais de los otros.

Las faltas que los estadistas cometen, no son siempre libres; con frecuencia son unas necesarias consecuencias de la situacion en que se hallan; y unos inconvenientes han engendrado otros inconvenientes.

La tropa, como ya se ha visto, se habia hecho muy gravosa para el estado; los soldados tenian tres especies de beneficios: la paga ordinaria, la recompensa despues del servicio, y las liberalidades accidentales, que á veces se volvia derechos para unas gentes que tenian bajo su poder al pueblo y emperador.

La incapacidad en que se estuvo de pagar estas cargas fué causa de que se tomara unas tropas ménos costosas. Se concluyéron diversos

(1) « Quereis riquezas (decia un emperador á su ejército que murmuraba): he aquí el pais de los Persas, vamos á buscarlas. Creedme, de tantos tesoros como poseia la república romana, no queda ya nada; y el mal proviene de los que enseñaron á los príncipes á comprar la paz de los bárbaros. Nuestras rentas están agotadas, nuestras ciudades destruidas, nuestras provincias arruinadas. Un emperador que no conoce mas bienes que los del alma, no se avergüenza de confesar una decente pobreza.» Amiano Marcelino, lib. XXIV.

tratados con algunas naciones bárbaras, que no tenian el lujo de los soldados romanos, el mismo espíritu, ni las mismas pretenciones.

Habia otra comodidad en esto: como los bárbaros caian de repente sobre un pais, por no haber preparativo ninguno entre ellos, despues de la resolucion de partir, era difícil el hacer oportunos alistamientos en las provincias. Se tomaba pues otro cuerpo de bárbaros, siempre dispuesto á recibir dinero, á saquear y pelear. Se desempeñaba servicio por el pronto; pero en lo sucesivo habia tanto trabajo para reducir á los auxiliares como á los enemigos.

Los primeros Romanos (1) no empleaban en sus ejércitos un mayor número de tropas auxiliares que de Romanas; y aunque sus aliados eran propiamente súbditos, no querian tener por súbditos á unos pueblos mas belicosos que ellos mismos.

Pero en los últimos tiempos, no solamente no guardáron esta proporcion de las tropas auxiliares, sino que tambien llenáron de soldados bárbaros los cuerpos de las tropas nacionales.

Así establecian unos usos totalmente contrarios á los que los habian hecho señores de todo; y como en otros tiempos fué su constante poli-

(1) Es una observacion de Vegecio; y parece, por Tito Livio, que si el número de los auxiliares excedió á veces, fué poquísimo.

tica reservarse el arte militar, y privar de él á todos sus vecinos, le destruian entónces entre sí, y le establecian entre los otros.

La historia de los Romanos es la siguiente: vencieron con sus máximas á todos los pueblos; pero luego que lo hubieron conseguido, no pudo subsistir su república; fué necesario mudar el gobierno; y empleadas en este nuevo gobierno unas máximas contrarias á las primeras, hicieron caer su grandeza.

No domina la fortuna sobre el mundo; y podemos preguntarlo á los Romanos, que experimentaron una continuada serie de prosperidades, cuando se gobernaron por un cierto plan, y otra no interrumpida de reveses, cuando se condujeron por otro. Hay causas generales, tanto físicas como morales, que obran en cada monarquía, la elevan, conservan, ó precipitan; todos los accidentes están sujetos á estas causas; y si el acaso de una batalla, es decir, una causa particular, arruinó á un estado, habia una causa general que hacia que este estado debia perecer con una sola batalla: en una palabra, el curso principal lleva consigo todos los accidentes particulares.

Vemos que de dos siglos á esta parte las tropas dinamarquesas de tierra fuéron derrotadas casi siempre por las de Suecia. Es menester que prescindiendo del valor de ámbas naciones y de

la suerte de las armas, haya en el gobierno dinamarques, militar ó civil, un vicio interior que haya producido este efecto; y no le tengo por difícil de descubrir.

Los Romanos por último perdiéron su disciplina militar, y abandonaron hasta sus propias armas. Vegecio dice que hallándolas los soldados muy pesadas, obtuviéron del emperador Graciano licencia para dejar sus corazas, y sus cascos despues: de modo que espuestos indefensos á los golpes, no pensaron ya mas que en huir (1).

Añade que habian perdido la práctica de fortificar su campo; y que por esta negligencia cayéron sus ejércitos en poder de la caballería de los bárbaros.

Fué poco numerosa entre los primeros Romanos la caballería, que no hacia mas que la undécima parte de la legion, y ménos con mucha frecuencia; y lo que hay de extraordinario, la tenian en mucho menor número que nosotros, que tenemos que hacer tantos sitios, en que es poco útil la caballería. Cuando los Romanos estuvieron en la decadencia, no tuviéron ya casi caballería. Me parece que quanto mas sabia se hace una nacion en el arte militar, tanto mas obra con su infantería; y que quanto ménos le

(1) *De re militari*, lib. I, cap. 10.

conoce, tanto mas multiplica su caballeria: nace de que la infanteria pesada ó ligera no es nada sin la disciplina, en vez de que la caballeria marcha siempre aun en su desorden (1). La accion de esta consiste mas en su impetuosidad y un cierto choque; la de la otra en su resistencia y una cierta inmovilidad; es mas bien una reaccion que una accion. Ultimamente la fuerza de la caballeria es momentánea; la infanteria obra por mas tiempo; pero para que ella obre mas tiempo, es necesaria la disciplina.

Los Romanos lograron dominar sobre todos los pueblos no solamente con el arte de la guerra, sino tambien con su prudencia, sabiduria, constancia, amor de la gloria y de la patria. Luego que en tiempo de los emperadores se desaparecieron todas estas virtudes, les quedó el arte militar, con el que, á pesar de la debilidad y tirania de sus principes, conservaron lo que habian adquirido; pero cuando se comunicó la corrupcion á la tropa misma, sirvieron de despojo á todos los pueblos.

Un imperio fundado sobre las armas tiene necesidad de sostenerse con ellas. Pero como cuando un estado se halla con disturbios, no se imagina como puede salir de ellos, igualmente

(1) La caballeria tártara, sin observar ninguna de nuestras máximas militares, hizo grandes cosas en todos tiempos. Véanse las relaciones, y la de la última conquista de la China.

cuando goza de paz, y se respeta su poder, no ocurre en el ánimo como esto puede mudar; abandona pues la tropa de la que cree no tener que esperar ni temer nada, y aun á menudo trata de debilitarla.

Era una regla inviolable entre los primeros Romanos que cualquiera que habia abandonado su puesto, ó dejado sus armas en la pelea, era castigado de muerte. Juliano y Valentiniano habian restablecido en este particular las antiguas leyes. Pero habituados los bárbaros que habia al sueldo de Roma á hacer la guerra como la hacen hoy día los Tártaros, á huir para pelear todavía, á buscar el saqueo mas que el honor (1), eran incapaces de semejante disciplina.

Era tal la disciplina de los primeros Romanos, que se habia visto á varios generales condenar á sus hijos á muerte por haber ganado, sin orden suya, la victoria; pero luego que se hubieron mezclado con los bárbaros, contrajeron con ello aquel espíritu de independenciam que formaba la índole de estas naciones: y si leemos las guerras de Belisario contra los Godos, veremos á un general casi siempre desobedecido por sus oficiales.

(1) No querian sujetarse á los trabajos de los soldados romanos, Véase Amiano Marcelino, lib. XVIII, que dice, como una cosa extraordinaria, que se sujetaron á ellos en una ocasion, por dar gusto á Juliano, que queria poner algunas plazas en estado de defensa.

Sila y Sertorio, en la furia de las guerras civiles, querian primero perecer que hacer alguna cosa de que Mitridates pudiera utilizarse; pero en los tiempos sucesivos, desde que un ministro ó grande creyeron que importaba á su avaricia, venganza, ó ambicion, dar entrada á los bárbaros en el imperio, se la diéron desde luego para asolarle (1).

No hay estado en que haya mayor necesidad de tributos que en aquellos que se debilitan; de modo que es preciso aumentar las cargas á proporcion que hay ménos disposicion para llevarlas: los tributos se hicieron brevemente intolerables en las provincias romanas.

Es menester leer en Salviano las horribles exacciones que se hacian sobre los pueblos (2). Perseguidos los pueblos por los publicanos, no tenian mas arbitrio que refugiarse á los barbaros, ó dar su libertad al primero que queria tomarla.

Esto servirá para esplicar, en nuestra historia francesa, aquella paciencia con que los Galos

(1) Esto no será extraño en aquella mezcla conunas naciones que habian sido errantes, que no conocian patria, y en que á menudo cuerpos enteros se agregaban al enemigo, que los habia vencido, contra su nacion misma. Véase en Procopio lo que eran los Godos de Vitiges.

(2) Véase todo el lib. V, de *Gubernatione Dei*, y tambien en la embajada escrita por Prisco, el discurso de un Romano establecido entre los Hunos, sobre su felicidad en aquellos países.

sufrieron la revolucion que debia establecer aquella opresiva diferencia entre una nacion noble y una plebeya. Al hacer los bárbaros á tantos ciudadanos esclavos de la gleba, es decir, del campo á quien estaban aplicados, no introdujeron casi nada que no se hubiera ejercido ya mas cruelmente ántes de ellos (1).

## CAPITULO XIX.

1. *Grandezza de Atila*, 2. *Causa del establecimiento de los bárbaros*. 3. *Razones porque fué abatido primeramente el imperio de occidente*.

Como se establecia la religion cristiana al tiempo de debilitarse el imperio, los cristianos reconvenian á los paganos con esta decadencia, y estos lo atribuian á la religion cristiana. Los cristianos decian que Diocleciano habia perdido el imperio asociándose tres colegas (2), porque cada emperador queria hacer tan grandes empresas y mantener tan crecidos ejércitos como si hubiera estado solo; que no siendo proporcionado con ello el número de los que recibian al de los que daban, las cargas fuéron tan grandes,

(1) Véase tambien Salviano, l. V; y las leyes del Código y Digesto sobre este particular.

(2) Lactancio, de *la muerte de los perseguidores*, cap. 7.

que las tierras se abandonaron por los labradores, y se convirtieron en selvas. Los paganos, por el contrario, no cesaban de clamar contra un culto nuevo, inaudito hasta entonces; y como en los antiguos tiempos de Roma floreciente se atribuían las inundaciones del Tiber, y otros efectos de la naturaleza, á la ira de los dioses, igualmente en la época de Roma moribunda se imputaban los desastres á un nuevo culto, y á la ruina de los templos antiguos.

Fué el prefecto Simaco quien, en una carta escrita á los emperadores con motivo del altar de la Victoria, alegó mas especialmente contra la religion cristiana varias razones populares, y por consiguiente muy capaces de seducir.

« ¿Qué cosa puede conducirnos mejor al conocimiento de los dioses, decia, que la experiencia de nuestras pasadas prosperidades? Debemos ser fieles á tantos siglos, y seguir á nuestros padres que siguiéron tan felizmente á los suyos. Pensad que Roma os habla y dice: Grandes príncipes, padres de la patria, respetad mis años durante los cuales observé siempre las ceremonias de mis mayores: este culto sujetó el orbe á mis leyes; con él fué repelido Anibal de mis muros, y lo fuéron del capitolio los Galos. Solicitamos la paz para los dioses de la patria; y la pedimos para los dioses indigetes. No entremos en disputas que no convienen mas que

á gentes ociosas; queremos ofrecer oraciones y no combates (1). »

Tres autores célebres respondieron á Simaco. Orose compuso su historia para probar que siempre habia habido en el mundo tan grandes desgracias como aquellas de que se quejaban los paganos. Salviano hizo su libro, en que sostiene que los desórdenes de los cristianos habian atraido los estragos de los bárbaros (2), y San Agustin hizo ver que la ciudad del cielo era diferente de aquella de la tierra (3), en que los antiguos Romanos, por algunas virtudes humanas, habian recibido recompensas tan vanas como estas virtudes.

Hemos dicho que, en los primeros tiempos, lleváron los Romanos la política de dividir á cuantas naciones les daban zelos; pero no pudieron conseguirlo en lo sucesivo. Fué necesario sufrir que Atila sujetase todos los pueblos del norte; este príncipe se estendió desde el Danubio hasta el Rin, destruyó cuantos fuertes y obras se habian hecho hácia estos rios, é hizo tributarios á ámbos imperios.

« Teodosio, decia insolentemente Atila, es hijo de un padre muy noble, igualmente que yo; pero con pagarme el tributo, decayó de su

(1) Cartas de Simaco, l. X, carta 54.

(2) Del Gobierno de Dios.

(3) De la Ciudad de Dios.

nobleza, y se hizo esclavo mio; no es justo que él arme lazos á su señor como un mal esclavo (1).

« No conviene al emperador, decia en otra ocasion, ser mentiroso. Prometi6 á un vasallo mio darle en matrimonio la hija de Saturnilo; si no quiere cumplir su palabra, le declaro la guerra; si no lo puede, y se halla en tal estado que se atreven á desobedecerle, marchó á su socorro. »

No se debe creer que Atila dejase subsistir á los Romanos por moderacion; sino que seguia las costumbres de su nacion que le movian á sujetar y no á conquistar los pueblos. Dueño este príncipe en su casa de madera, en que nos le representa Prisco (2), de todas las naciones bárbaras, y en algun modo (3) de casi todas las que estaban civilizadas, era uno de los grandes monarcas de que se habla en la historia.

Se veian en su corte los embajadores de los Romanos de Oriente y Occidente, que venian á recibir sus leyes ó á implorar su clemencia. Unas

(1) Historia g6tica y relacion de la embajada escrita por Prisco. Era Teodorio el jóven.

(2) Historia g6tica: *Hæ sedes regis barbariem totam tenentis, hæ captis civitatibus habitacula præponebat.* Jornandes, *de rebus geticis.*

(3) Parece, por la relacion de Prisco, que se pensaba en corte de Atila en someter todavía á los Persas.

veces pedia que se le devolvieran los Hunos transfugas, ó los esclavos romanos que se habian evadido; otras queria que se le entregase algun ministro del emperador. Habia impuesto sobre el imperio de Oriente un tributo de dos mil cien libras de oro. Recibia el situado de general de los ejércitos romanos. Enviaba á Constantinopla á los que queria recompensar, á fin de que los colmasen de beneficios, haciendo un continuo tráfico con el favor de los Romanos.

Le temian sus vasallos, y parece que no le aborrecian (1). Prodigiosamente soberbio, y sin embargo astuto, ardiente en su cólera, pero sabiendo perdonar ó diferir el castigo segun convenia á sus intereses, no haciendo nunca la guerra cuando la paz podia proporcionarle suficientes beneficios, fielmente servido de los reyes mismos que estaban bajo su dependencia, habia guardado para sí solo la antigua simplicidad de las costumbres de los Hunos. Por lo demas, no se puede alabar apénas sobre el valor al gefe de una nacion en que los hijos se ponian furiosos á la relacion de las hazañas de sus padres, y en que los padres lloraban porque no podian imitar ya á sus hijos.

Despues de su muerte, todas las naciones bárbaras volviéron á dividirse; pero estaban tan

(1) Es necesario consultar, sobre el genio de este príncipe y costumbres de su corte, á Jornandes y Prisco.

débiles los Romanos, que el mas pequeño pueblo podía perjudicarles.

No perdió al imperio una cierta invasion, sino todas juntas. Despues de la que fué tan general en tiempo de Galo, pareció restablecido, porque no habia perdido terreno ninguno, pero fué de grado en grado de la decadencia á su ruina, hasta que se abatió de repente bajo Arcadio y Honorio.

En balde habian vuelto á echar á los bárbaros hácia su pais, ellos hubieran retrocedido á él para poner su botin en seguridad; y en balde los esterminaron, porque no por ello eran ménos saqueadas las ciudades, quemadas las aldeas, muertas ó dispersadas las familias (1).

Quando habia sido assolada una provincia, no hallando nada en ella los bárbaros que seguian, debian pasar á otra. No se asoló al principio mas que la Tracia, Misia, y Panonia; luego que estuviéron devastados estos países, se arruinaron la Macedonia, Tesalia, Grecia, desde donde fué necesario ir á los Noricos. El imperio, es decir, el pais habitado, se estrechaba siempre, y la Italia se volvía frontera.

La razon porque no se hizo en tiempo de

(1) Era una nacion bien destructiva la de los Godos; habian esterminado ó todos los labradores de la Tracia, y cortado las manos á cuantos conducian los carros. Historia bizantina de Malco, en el Extracto de las embajadas.

Galo y Galiano el establecimiento de los bárbaros, es que ellos hallaban todavía de que pillar.

Así, quando los Normandos, imágen de los conquistadores del imperio, hubiéron assolado durante muchos siglos la Francia, y no hallando ya nada que tomar, aceptáron una provincia que estaba enteramente desierta, y se la repartieron (1).

Hallándose casi totalmente inculta la Escitia en aquellos tiempos (2), estaban sus pueblos sujetos á frecuentes hambres; subsistian en parte por medio del comercio con los Romanos, que les llevaban vituallas de las provincias circunvecinas del Danubio (3). Daban los bárbaros en cambio las cosas que ellos habian saqueado, los prisioneros que habian hecho, el oro y plata que recibian por la paz. Pero quando no se pudo pagarles tributos bastante fuertes para hacerlos subsistir, se viéron obligados á establecerse (4).

(1) Véase en las crónicas recogidas por Andres du Chesne, el estado de esta provincia hácia el fin del nono y principio del décimo siglo. *Script. Norm. hist. veteres.*

(2) Los Godos, como lo hemos dicho, no cultivaban la tierra. Los Vándalos los llamaban *Trulos*, del nombre de una pequeña medida; porque en un hambre les vendieron carísimo semejante medida de trigo. Olimpiodoro, en la Biblioteca de Focio, l. XXX.

(3) Se ve en la historia de Prisco que habia mercados establecidos por los tratados en las orillas del Danubio.

(4) Quando los Godos enviaban á rogar á Zenon que re-

El imperio de Occidente fué el primero abatido; las razones de ello son estas :

Habiendo pasado los bárbaros el Danubio, hallaban á su izquierda el bósforo, Constantinopla, y todas las fuerzas del imperio de Oriente que los tenían; esto era causa de que se volvían á la mano derecha hácia la Iliria; y se adelantaban hácia el Occidente. Se hizo un reflujó de naciones y un transporte de pueblos hácia aquella parte. Estando mejor guardados los pasos de la Asia, todo refluia hácia la Europa; en vez de que en la primera invasion, bajo el imperio de Galo, se dividiéron las fuerzas de los bárbaros.

Habiéndose dividido realmente el imperio, los emperadores de Oriente que tenían alianzas con los bárbaros, no quisieron romperlas para socorrer á los de Occidente. Hallándose esta division en el gobierno, dice Prisco (1), fué muy perjudicial á los negocios de Occidente. Así, los Romanos de Oriente (2) negáron á los de Occidente un ejército naval á causa de su alianza

cibiera en su alianza á Teodorico, hijo de Triario, con las condiciones que él había acordado á Teodorico, hijo de Balamer, el senado consultado respondió que las rentas del estado no eran suficientes para mantener á dos pueblos godos, y que era necesario escoger la amistad de uno de los dos. Historia de Malco, en el Extracto de las embajadas.

(1) Prisco.

(2) *Ibid.*

con los Vándalos. Habiendo hecho los Visogodos alianza con Arcadio, entraron en Occidente, y Honorio se vió precisado á huirse á Ravena (1). Ultimamente Zeno, para desprenderse de Teodorico, le persuadió que fuera á atacar la Italia, que Alarico había saqueado ya.

Había una estrechísima alianza entre Atila y Genserico rey de los Vándalos (2). Este último temía á los Godos (3) : había casado á su hija con la hija del rey de los Godos; habiendo mandado despues cortarle la nariz, la había devuelto : unióse pues con Atila. Los dos imperios, como encadenados por estos dos principes, no se atrevían á socorrerse. La situacion del de Occidente fué mas especialmente deplorable; carecia de fuerzas navales, las cuales estaban en Oriente (4), en Egipto, Chipre, Fenicia, Ionia, Grecia, únicos países en que había alguno comercio entónces. Los Vándalos y otros pueblos atacaban por todas partes las costas de Occidente. Fué una embajada de los Italianos á Constantinopla, dice Prisco (5), para hacer saber que era imposible que los negocios

(1) Procopio, guerra de los Vándalos.

(2) Prisco, l. II.

(3) Véase Jornandes, *de Rebus geticis*, cap. 36.

(4) Esto pareció mas especialmente en la guerra de Constantino y Licinio.

(5) Prisco, lib. II.

se sostuviesen sin una reconciliacion con los Vándalos.

Los que gobernaban en Occidente, no carecieron de política: juzgáron que era menester salvar la Italia, que era en algun modo la cabeza y el corazon del imperio. Hiciéron pasar á los bárbaros á las estremidades, y los colocáron allí. El designio estaba bien concebido, y se ejecutó bien. Aquellas naciones no pedian mas que la subsistencia; se les daban los llanos; se reservaban los paises montuosos, pasos de rios, desfiladeros, y plazas sobre los rios caudalosos; se guardaba la soberania. Hay apariencia de que aquellos pueblos se hubieran visto precisados á hacerse Romanos; y la facilidad con que estos destructores mismos fuéron destruidos por los Francos, Griegos, y Moros, justifica bastante esta idea. Todo aquel sistema se trastornó por una revolucion mas fatal que todas las demas: el ejército de Italia, compuesto de estrangeros, exigió lo que se habia acordado á unas naciones mas estrañas todavia; formó él bajo Odoacro una aristocracia que se adjudicó un tercio de las tierras de Italia; lo cual dió el golpe mortal á aquel imperio.

Entre tantas desgracias se busca con una triste curiosidad el destino de la ciudad de Roma. Ella estaba, por decirlo así, indefensa; podian reducirla por hambre fácilmente, la estension

de sus murallas era causa de que habia suma dificultad en guardarlas; como estaba situada en una llanura, se podia forzarla fácilmente; y no habia recurso ninguno al pueblo, que se hallaba estremadamente disminuido. Los emperadores se viéron en la necesidad de retirarse á Ravena, ciudad defendida en otros tiempos por el mar como Venecia lo está hoy dia.

Abandonado el pueblo romano casi siempre de sus soberanos, comenzó á serlo, y á hacer tratados para su conservacion (1); lo cual es el mas legitimo medio de adquirir la soberana potestad. Así comenzaron la Armórica y Bretaña á vivir bajo sus propias leyes (2).

Este fué el fin del imperio de Occidente. Roma se habia engrandecido á causa de que no habia tenido mas que guerras sucesivas, no atacándola cada nacion, por efecto de una incomprendible felicidad, mas que cuando la otra estaba arruinada. Roma fué destruida, porque todas las naciones la atacáron á un mismo tiempo y penetráron por todas partes.

(1) En tiempo de Honorio, Alarico, que sitiaba Roma, obligó á esta ciudad á recibir su alianza, aun contra el emperador, que no pudo oponerse á ello. Procopio, Guerra de los Godos, lib. 1. Véase Zósimo, lib. VI.

(2) Zósimo, lib. VI.